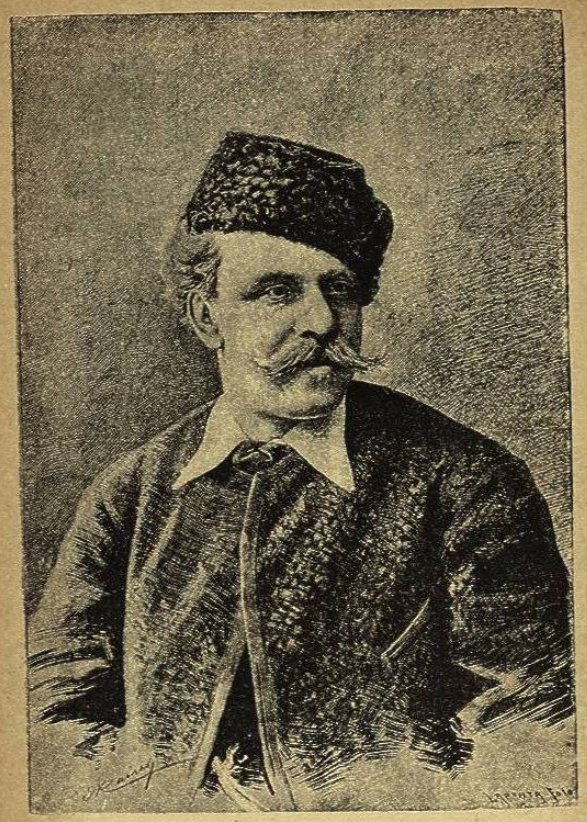

Casimiro Teja.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

I

EL PRIMER CARICATURISTA ITALIANO (*)

(CASIMIRO TEJA)

No me refiero al Casimiro Teja como artista, director y dibujante único del *Pasquín,* el periódico de caricaturas más agudamente sensato y más simpáticamente personal que haya en Italia. No hay italiano culto que deje de tener en la memoria alguno de aquellos innumerables dibujos suyos, los cuales nos representan con elocuente evidencia «una situación política», ó un hecho, ó un momento psicológico del país, expresando en forma burlesca, ora un sentimiento profundo, ora un juicio sagaz, que

(*) Este artículo fué escrito con ocasión de la fiesta que se verificó en Turín para celebrar el trigésimo aniversario de la fundación del periódico el *Pasquino.*

nos hace pensar casi siempre como una frase escúlpida, en la cual se haya resumido larga controversia; de aquellos dibujos suyos, siempre oportunos, siempre nuevos, si no en los pormenores, en la idea, equivalentes á menudo á verdaderos y propios artículos de política ó de crítica social, llenos á las veces de colores fantásticos y deslumbrantes, ante los cuales á cada paso vemos en las calles de Turín agruparse obreros y muchachos inmóviles y sonrientes, con el aspecto de gentes que comprenden y aprueban.

Todos conocen al artista, y uno que sea artista solamente podría discurrir con acierto, explicándose el cómo ha podido salir de una escuela clásica de bellas artes aquel dibujante tan vivamente extraño, original y flexible, que pasó de un salto desde los Apolos y los Ayax á las caricaturas de Rattazzi y de Cavour, explicando en qué ha dejado atrás ó á un lado á los otros artistas sus congéneres, sus contemporáneos y sus compatriotas. Unicamente un artista nos podría decir cómo ha llegado á ser otro Cham por la variedad de sus ideas cómicas, otro Gavarni por el dibujo sólido, seguro, gráfico, y cómo, en fin, ha podido arribar á la altura de otros artistas extranjeros en ciertas inspiraciones y en ciertos procedimientos, sin imitar, copiar, ni plagiar á ninguno; y cuánto

haya de bello ó de deficiente en aquella su manera tan clara, tan determinada, sin artificio, de valor entendido ó de negligencias, que se parece un poco al estilo escolásticamente cuidado é ingenuo, propio de un novel escritor.

*
* *

Un artista juzgará al artista; yo os presento al hombre que todo Turín conoce, uno de los más queridos y mimados originales que han nacido al pie de los Alpes.

Vino al mundo hace cincuenta y cinco años; pero sería una tontería decir que tiene cincuenta y cinco años. Delante de la piedra litográfica no tiene más de treinta y cinco; en las ascensiones alpinas, veintinueve; en compañía de sus amigos, diez y ocho. Juntad un probado buen sentido con muchos granos de locura, una bondad interna delicadísima con cierta rusticidad eterna, la jovialidad estudiantil con la franqueza del soldado, una vena alegre inagotable, todo lo mejor que existe en el viejo tipo piamontés y en el moderno, y una vez juntas todas estas cosas, no pretendáis conocer ya á Teja, ni siquiera por sueño. Es preciso verle en cuerpo y alma; rechoncho, con el cue-

llo grueso y corto, con los brazos cortos y con las manos cortas también; una figura diabólica de viejo sargento de cazadores, pequeño, que por el movimiento de vaivén de sus hombros y de su cabeza, por el modo de andar y hasta por la simpática originalidad de su traje, deja adivinar su índole bondadosa; es preciso ver aquel semblante moreno, que se ensancha de la frente hacia abajo, rematado por el eterno sombrero de forma de cono truncado, y cortado en toda su anchura por dos gruesos bigotes blancos que parecen postizos por lo mucho que desentonan con la risa juvenil, con los ojos negros centelleantes, y con su boca amplia y burlona; hay que verlo con la pipa de madera en la boca, con el sombrero ladeado, de codos sobre la mesa, metido en su inmutable chaqueta, de donde sale una pretenciosa corbata por entre dos grandes puntas dobladas del cuello blanco; se necesita verlo entre sus amigos cuando juguetea y discurre con plena libertad de ánimo y de palabra, para conocer su verdadera originalidad y tener idea de la forma nueva y amable en la cual pueden mezclarse en el espíritu de un hombre, en su aspecto y en sus maneras, la sencillez, las argucias, el buen corazón, la truhanería y una punta de extravagancia, y una cierta dureza también de índole subalpina, con todo el azogue, con toda

la fuerza de expansión fogosa de una naturaleza meridional.

*
* *

Su padre murió muy joven. Era intendente del príncipe de Carignano cuando el príncipe era almirante. Murió de un golpe en la cabeza que recibió á bordo una noche de tempestad, y fué sepultado en una iglesia de Río Janeiro. Si no hubiese perdido á su padre tan pronto, Casimiro Teja, que estaba destinado para marino, sería ahora comandante de un buque de guerra italiano. Parece extraño, ¿no es verdad? pero quizá el uniforme de capitán de barco en nada hubiera sofocado al caricaturista, porque la disposición natural para el dibujo, y especialmente para la caricatura, se reveló en él con precocidad muy grande. Aun no tenía ocho años, y ya sus maestros seguían con ojos inquietos los pedacitos de papel que salían de su pluma, é iban corriendo de uno en otro todos los bancos de la clase; é interceptándolos, se encontraban con frecuencia con sus poco aduladoras semblanzas, provocadoras de despiadadas amenazas.

A los trece años entró en la Academia Albertina, donde estudió durante cinco cursos, ga-